

# Literatura y Arte

## DEL PETRARCA EN EL PERU

Por Sebastián Salazar Bondy

(Especial para LA PRENSA)

Surrey quienes innovan la poesía no solo con el animo moderno del soneto, plástico y musical, y el terceto dantesco sino con la introducción del "biain verse", y que se prolonga con alto resplandor en Shakespeare, Shelley y los Rossetti.

La revolución petrarquista no significó únicamente nueva idea de los temas y las ormas, fue por excelencia el anuncio de un nuevo hombre libre y más de sí mismo que zamboneando en las profundas verdientes del alma en busca de sus propias fuentes, aherrujadas hasta entonces, constreñidas por el sometimiento a módulos extraños. "Una alma humana — dice de Petrarca, Menéndez y Peláyo —, sin duda de las más selectas, a quien sus mismas debilidades hacen simpática, se reveló plenamente en sus versos, los cuales iniciaron al mundo no sólo en un género nuevo de poesía, sino en un modo nuevo de sentir. Y como en el alma de Petrarca trataban fieramente el hombre viejo y el nuevo, la pasión y el deber, lo sensible y lo ideal, el naturalismo y el ascetismo, y esta discordia interior fué en su vida una fuente inagotable de placer amargo y dulce, tristeza, el Petrarca, agitador y consolador de tantas almas, encontró antes que ninguno la expresión y cadencia, pero a veces intensamente elegiaca, de la melancolía romántica, que se ceba en sí misma con doloroso deleite y complacencia". Esa expresión fuerte y concentrada, tierna y tersa, encamina todas las demás posteriores, llamense salmantinas o sevillanas, marinistas, gongoristas o conceptistas, románticas o simbolistas. Se le descubre siempre como un pequeño punto luminoso en el meollo de toda poesía inmortal.

### PETRARCA EN EL PERU

Acallados los ardores bélicos de la conquista, consolidado el dominio de estas tierras, sucedieron al bravo soldado el docto clérigo y el bachiller letrado. Con ellos arribaron al Perú, también, las letras cultas que substituyeron a los rudos romances de guerra y a las mordaces coplas de los campa-

mentos, y con aquellas vino el espíritu de Europa, el lirismo, refinado y sutil. En torno a las cortes y a los Virreyes reunióse una caterva de versificadores, muchos de los cuales merecieron elogiosos comentarios de Cervantes o Lope, y entre los que, así mismo, muy pocos había dignos de tal apología. En cenáculos y academias se dieron a juegos de versificación y a la imitación de los latinos y de Petrarca. Sin embargo, a pesar de figurar entre ellos algunos habildosos y hasta inspirados, como Montes de Oca, Antonio Falcón, que animó la Academia Antártica; Diego Ávalos de Figueroa y Diego Mexía de Fernangil, sin contar a la poetisa anónima del "Discurso e Llor de la Poesía" ni a Amarilis que preferimos suponer ajena a los frívolos donaires de estos poetas cortesanos, no se dio allí el artista genuino que sigiera con propia personalidad al maestro de Arezzo. Pero, a cambio de esta ausencia, un portugués aveyadado en el Perú rindió el más sentido tributo a Petrarca. Enrique Garcés natural de Oporto y minero de Huamanga y Huancavelica publicó en Madrid, en la casa de Guillermo Drov, el año de 1591 la traducción de los sonetos y canciones de florentino, uno de cuyos ejemplares posee la Biblioteca Nacional (1). Garcés había traducido anteriormente a Camoens y parece que su prestigio no se redujo al Perú sino que llegó, con no menudo éxito, a la península. Cervantes se refirió a él en su "Canto a Caliope" y dice:

¿Quién será tal que la mayor le quite aunque el mismo Petrarca resucite?

y, probablemente, en su tiempo, de regusto petrarquista, su libro anduvo en muchas plazas; fué objeto de varios e ilustres elogios. Así lo anuncian los sonetos y otros poemas insertos en su traducción que llevan a tan hiperbólicos extremos las alabanzas que en la "Congratulación" de Pedro Sarmiento de Gamboa se dice:

Tanto de mas Garcés que dio Petrarca, que el tal a sola Italia se reparte El nuestro, al uno y otro hemisferio Y así su verde laurea el orbe abarca.

en la "Recomendación" el mismo cronista y viajero anotó:

Este con viva instancia los incita a gozar de Petrarca sepultado. Subiéndolo del suelo, al estrellado. **LOS SONETOS Y LAS CANCIONES**

Advierte Garcés, en el principio de su libro, la penosa tarea que ha sido para él emprender y realizar la versión castellana del Perarca. Recordemos que es muy explicable la queja puesto que la empresa era ardua no sólo por la dificultad inherente a trasladar de una lengua a otra, poesía tan personal y característica, sino también por hacerlo a idioma ajeno al traductor. Más propio parece, habría sido que lo realizara en portugués, su lengua natal, pero a juzgar por un poema explicatorio puesto al final de las licencias, dedicatorias, epígrafes y versos laudatorios, su intento primerizo fué ese y constituyó un fracaso que confiesa de este modo:

Es el Petrarca allí tan intrincado, que no pude pasar aquel barranco, así me resumi que era acertado dejarle libremente el campo franco: Para otro puede ser que esté guardado. Bien es que se le quede el papel blanco. Pucha pues el suplir algún buen genio la falta de mi pobre y rudo ingenio.

Es así como repite en varias oportunidades el descontento de su labor, palinodia redicha que contrasta con los apasionados conceptos de los amigos que lo estimulan. En el soneto "A" ciertos amigos que querían ver esta traducción escriben:

Mas ya que mi atrever desatinado, me trujo a tal extremo de locura, es medio mal hacerme conocido.

Así vengo a buscar vuestra censura

con humildad, por verme mejorado: Ninguno se me muestre aquí encogido.

La versión de Garcés no carece de sentido alicio poético, vasto de cierto poder y emoción sincera pero, por lo común, el verso es endurecido y sin fluidez, desenvuelto con no poco esfuerzo y tropiezo, y a veces enrevesado por la explicable intención de mantener el estricto ambiente del original. Entre ellos, sin embargo, los hay que son muestras de buen gusto y que se ajustan al texto sin caer en fidelidad pedestre, acusando, en cambio, riqueza en la expresión, y suave, tierno y segurísimo encanto. Muestras son de esto, ya que no es posible en una breve nota periodística y sin conocer el italiano, analizar las composiciones una a una, el soneto 3 titulado "Era'l gromo ch'a Sol si coloraro" que dice del repentino amor por Laura a quien conociera Petrarca en la Iglesia de Santa Clara de Avignon el Viernes Santo de 1327:

En el día que al Sol más enturbiaron los rayos por piedad del autor dello fui preso y sin pensar señora vello del todo vuestros ojos me enlazaron El tiempo y triste ornato me engañaron, que no pensé qué amor se halla en ellos, así mis graves daños sin temella en el común dolor se comenzaron. Hallome Amor del todo desarmado y por mis ojos (ya dos puras fuentes) el corazón se entró muy callada.

El cierto gana poco entre las gentes, herirme de saca en tal estado, y el arco no mostraros siendo armada.

Y la canción 30 titulada "Di pensier in pensier, di monte in monté", cuyo hermoso final traduce así: Canción ultra los Alpes:

dobre es más claro el cielo y más sereno, sobre un arroyo me verás corriente, a do el aura se siente de un oloroso lauro fresto ameno allí es mi corazón y quien le guía.



EL PETRARCA. — de un retrato de la Biblioteca Nacional de Madrid.

de aquí sola verás la imagen mía. selectos — en este caso el de Enrique Garcés — han dado amplia y universal vigencia.

S. S. B.

(1) Luis Fabio Xammar en el número 6 del Boletín de la Biblioteca Nacional da noticia de este ejemplar. A él se refiere también el mismo autor en un artículo publicado en "La Prensa" de Buenos Aires del 30 de Diciembre de 1945 titulado "Petrarca en América". Véase, también, "Los Poetas de la Colonia" de L. A. Sánchez, págs. 31 a 36.



UN soneto del Petrarca

DEL Petrarca por virtud de su voz honda, trasunto de un alma conmovida, y por virtud, también, del nuevo espíritu renascente que animaba su obra, no la erudita y frondosa escrita en puros latines, sino esotra de "canciones y naas, llenas de los falsos e impuros elogios de las mujeres amadas" — como él mismo dijera de su "Rerum vulgarium fragmenta" — nace y sigue nutriéndose aún, en lo que de perenne tiene, la poesía moderna de Europa. Es útil recordar, al paso, la suma lírica de Ronsard y la pléyade que afina los medios de la lírica francesa y toma del florentino los instrumentos más delicados y perfectos para darle a Francia un momento sin par hasta entonces;

o a Sa de Miranda que, en portugués, prepara el advenimiento de Camoens, fina flama petrarquista; o al Marqués de Santillana quien con sus "sonetos fechos al itálico modo" abre para la poesía castellana el camino amulio y sonoro por el que habrían de andar, en ininterrompida floración, Boscán, Garcilaso, Luis de León, Gutierre de Cetina, Herrera y los Argensola y que haría posible, porque en el "dolce stil nuovo" se hallaba latente la responsabilidad absoluta de los "concectti" y de los juegos brillantes de pensamiento e imagen, la revolución gongorista, como en Italia fuera la raíz cierta del arte de Marini. No debe olvidarse tampoco como el Petrarca llega a Inglaterra con Wyatt y el conde de